El pr í nci pe d e é b a no

G. Da v i d Pe r a l t a

Pról og o

La cabaña era una choza de madera, destartalada. A modo de tejado tenía unas tablas cruzadas y sobre estas, una gran cantidad de ramas secas. La vivienda apenas tenía ventanas, y éstas, no tenían cristales.

El hombre se postró frente a la entrada de la choza. La mujer salió con aire resuelto; la mirada altiva, imponente. Dando a entender, que a pesar de su avanzada edad, aún seguía siendo la madre del poblado.

Una hechicera que dirigía el destino de su pueblo.

—Sabías lo que te venía encima si no pagabas tu deuda...

—¡Ya la he pagado! —la interrumpió el hombre.

—¡Calla, no me interrumpas! —lo amonestó ella con una expresión tan dura en su mirada que el

hombre apartó los ojos de los de ella—. Has metido a tu familia en un problema grave por tu ambición. Tus ansias de huir de estas tierras que te vieron nacer, te han hecho perder la cabeza. Has sido maldecido...

—Por un hechicero impostor al que, por cierto, ya le he devuelto la deuda.

—¡Calla insolente! —Otra vez aquella fuerza en la mirada, que hizo que el hombre bajara todavía más la cabeza—. El hechizo es verdadero, lo he comprobado—. La mujer levantó la mano derecha y lo señalo con el dedo índice, formando una "*ele*" con su dedo pulgar. El hombre miro aquella mano arrugada, con un sentimiento de terror, al sentir que aquella señal indicaba un mal presagio—. Ahora deberás huir con tu familia, perseguido por un demonio que tratará de acabar con toda tu estirpe. Nada lo detendrá hasta que cumpla con su cometido.

El hombre se postró aún más en el suelo, su frente hundida en la arena y sus manos entrelazadas a modo de oración.

—Debo reunirme con mi hijo… —dijo en un susurro casi imperceptible.

Por un momento, su cuerpo se estremeció al verse junto con su familia perseguido por un maligno

demonio. Él había sido pescador de río durante los últimos años, aunque de joven se había dedicado a muchas otras cosas: labrar la tierra, recolectar, cuidar de ganado. Pero no era eso lo que quería para sus hijos: Daren, de quince años, que se marchó para cumplir el sueño de ser un gran futbolista junto con su tío, hacía ya un año; Keita, de nueve, un niño amable y encantador al que le encantaba contar historias; Niara, con solo cinco añitos, que soñaba con ayudar y curar las heridas del mundo. Y el que estaba por nacer, que aún no tenía nombre. Al menos, ellos podrían ir a la escuela y si se marchaban a otro país, tendrían más oportunidades de labrarse un futuro en la vida. Tendrían estudios y un buen trabajo.

Había estado ahorrando todo lo que podía para realizar aquel sueño, el de verse junto con su

familia en un lugar mejor, donde trabajar no fuera tan duro y sus hijos pudieran estudiar una carrera. Como su hija, que quería ser médico de mayor. Además, pensó, deberé seguir pagando el resto de la deuda durante muchos años.

—¡Madre, ayúdanos! —Dejó sus pensamientos a un lado e imploró con un sollozo desesperado.

—¡Calla insensato! —lo amonestó ella—. No debes temer aún. Huirás con todos los tuyos, te los llevarás tan lejos como habías planeado, mas no podrás escapar de la fuerza de este demonio del océano y ni de *La Bruja de los Mares*… Pero no temas, otras fuerzas del bien se te unirán para luchar contra estos seres de las tinieblas… —se detuvo para soltar una carcajada, que hizo que el hombre se estremeciera de terror. —¡Ve, márchate y protege a tus hijos del mal! Trataré de retrasarlo todo lo que mis fuerzas me permitan.

La mujer se giró para volver a meterse en su choza, el hombre levantó la cabeza y la observo desplazar la cortina que hacía la función de puerta. Ella se detuvo al tiempo que emitía, otra vez, aquella especie de carcajada.

—Al final vas a tener suerte y todo —dijo en un susurro antes de desaparecer en el interior de su

casa.

El hombre se quedó quieto, aún de rodillas en el suelo, como si esperara que aquella mujer volviera

a salir y añadiera alguna cosa más.

Aguardó unos segundos en aquella postura, como un penitente que se arrodilla frente a la imagen

de su santo, mientras en su cabeza le daban mil vueltas las ilusiones y las culpas.

Tanto podía visualizar a su familia viviendo una vida feliz en cualquier otra parte del mundo, un

remoto lugar al que sus allegados denominaban el paraíso. Podía ver a sus hijos en la escuela o jugando en un parque, y a su nuevo bebé sano, limpio y bien alimentado, durmiendo en una hermosa cuna; como también los podía visualizar muertos por la fuerza destructora de aquellos seres del mal que le habían puesto para que lo persiguiera.

Se levantó del suelo lentamente, como si temiera más reproches de *La Vieja Madre* o que lo golpeara con aquella rama que utilizaba a modo de bastón, como solía hacer con los que la iban a incordiar. Se quedó arrodillado por un momento observando la cortina que cerraba la cabaña y pensó en la madre del pueblo; tan vieja y con tanto mal humor, pero que había alentado y ayudado a todo el poblado durante años, o siglos, ya que muchos decían que tenía más de mil años.

Aquella mujer, tanto había trabajado en la tierra como ayudado a las mujeres a traer a sus hijos al mundo, ha sido tanto hechicera como curandera y gobernadora de aquel pequeño poblado perdido de la mano de Dios.

Por fin se puso en pie, aún temeroso, se giró con cuidado esperando cualquier sorpresa por parte de la vieja y se marchó a su casa, abatido y cabizbajo, girando la cabeza de cuando en cuando por si aquel demonio se decidía a saltarle encima.

Pasaron los días sin que nada le ocurriera, ni a él ni a ningún miembro de su familia. Algunas

noches, se despertaba en la madrugada con horrendas pesadillas. Incluso una noche, soñó que su mujer daba a luz a un ser demoniaco o que sus otros hijos aparecían muertos. Lo pasaba tremendamente mal hasta que se daba cuenta de que era solo una horrible pesadilla y que nada de lo que veía podía ocurrirles.

El lar g o v iaje h ac ia n in g u n a p ar te

1

El niño se dirigió hasta el árbol con paso sigiloso y, dando un pequeño salto se encaramó a la rama más cercana. Miró hacia arriba y divisó a los otros dos niños, con los que había jugado en varias ocasiones desde que se conocieran hacía ya algunos meses.

Unas veces los niños bajaban del árbol y se quedaban con él, paseaban hasta el río y corrían hasta

el agua, donde se mojaban unos a otros; otras veces, jugaban a la pelota, que siempre portaba el más bajo de los niños, el que llevaba gafas. En otras ocasiones buscaban la presencia de animales en el lugar, aunque algunas veces sin mucho éxito.

En otros encuentros se subía al árbol y los seguía hacia donde ellos lo quisieran llevar; como la

primera vez que viajó con ellos, volando hasta la casa del niño de los sueños, como al principio lo

llamaba, hasta que se aprendió su nombre. Entonces conoció su hogar, aquella habitación repleta de objetos que nunca antes había visto y con los que jamás, si quiera, había soñado.

Le fascinaba todo lo que veía en aquella estancia, que era casi más grande que toda su casa. La

cama de Leonardo era muchísimo más cómoda que la suya, en la que ni siquiera podía saltar como lo hacía en la de su amigo. Había juguetes de todos los tipos, aunque a Keita le sorprendía bastante más aquellos en los que Leonardo y Claudio jugaban mirando hacia una especie de cuadro donde las imágenes se movían y al que ellos llamaban tele. Era fantástico verlos jugar, reírse con cada fallo o triunfo de ambos. Al principio Keita no sabía cómo hacerlo, pero poco a poco fue consiguiendo entender el mecanismo.

Al mirar todo aquello, recordó la vez que vinieron unos misioneros y le dejaron un balón desgastado. Jugaba con él cada día hasta que terminó por desinflarse y lo tuvo que tirar a duras penas.

Otra vez, fueron a una playa, la arena era amarilla y las dunas eran tan altas que no alcanzaba a ver más allá. El agua salada estaba fresca y el suave batir de las olas emitía un sonido que lo tranquilizaba.

Sus amigos se tumbaron en la arena cálida y comenzaron a mover los brazos y las piernas riendo a carcajadas, formando arcos alrededor de su cuerpo. Él se tumbó de espaldas y los imitó, sintiendo el roce

de la arena en sus brazos y sus piernas, que a su vez le hacían sentir un ligero cosquilleo.

La experiencia le pareció gratificante, tanto que al día siguiente se despertó con una sensación de

agradable bienestar.

Después llegaron los juegos con el balón.

Claudio era quien siempre quería jugar con la pelota, mientras que Leonardo, aunque le gustaba mucho jugar al fútbol, prefería hacer otras cosas; como ir a la playa o viajar a otros lugares. A menudo, aquellos juegos con los que jugaban en la consola, eran a donde solían viajar y mezclarse con los personajes.

Leonardo era el rey de los sueños y podía hacer lo que quisiera, ya que cuando nació, le concedieron el don de poder controlar los sueños, de cambiarlos o viajar a otros mundos e incluso ayudar a las personas a través de ellos. Sería en un futuro un Caballero de la luz que podría combatir a las fuerzas del mal; aunque según le habían contado a Keita, ya le salían muchos adversarios que querían apoderarse de su magnífico don.

Aquel árbol, representaba desde entonces un lugar de encuentro, desde donde los niños partían

juntos a otros lugares de ensueño, donde lo pasaban en grande los tres juntos, o se unían a otros amigos con los que jugaban a muchos juegos.

—¡Por fin llegas! —dijo Claudio, el que llevaba las gafas de pasta.

—He tardado en dormirme —admitió él al tiempo que se sentaba en la rama de la que se había

colgado.

—Es igual, de todas formas nunca tenemos prisa —comentó Leonardo, quitándole importancia al

retraso de su nuevo amigo.

Keita era un chico de nueve años recién cumplidos, su pelo negro y tupido repleto de caracolillos

—tantos que era imposible contarlos—, sorprendía siempre a Claudio, que se lo tocaba cada vez que tenía la ocasión. Era el más alto de los tres y su piel oscura destacaba de la de los otros niños.

—¿A dónde iremos hoy?— preguntó con una sonrisa increíblemente blanca.

—¿A jugar al fútbol? — preguntó a su vez Claudio con los ojos desmesuradamente abiertos.

—¡Otra vez no! —se apresuró a decir Leonardo con cara de aburrimiento, pero sabía que al final terminarían jugando a lo que su primo quería.

Claudio los miró de uno a otro: Keita se encogió de hombros; mientras que Leonardo entornó los ojos disimulando una sonrisa. Su primo se empujó las gafas con el dedo índice hasta encajarlas en el

puente de la nariz, como siempre hacía. Aquel gesto era más una manía que una necesidad.

—¡Vale! Pues entonces, ¿vamos a ver jirafas? —preguntó Claudio sonriendo.

Leonardo soltó un bufido.

—Está bien —concluyó Leonardo.

Keita volvió a saltar al suelo, seguido de los otros dos niños y se encaminaron hacia un descampado.

A lo lejos, se divisaban árboles y arbustos repartidos por doquier, mientras entre ellos se podía apreciar el movimiento lento de las jirafas. Algunas, las mayores, comían de los árboles más altos,

mientras que las pequeñas lo hacían de los arbustos.

Claudio soltó un grito de alegría cuando de entre la maleza vio salir un bebe jirafa. Los tres niños se quedaron paralizados observando al animal, como si temieran asustarlo a pesar de que aún les quedaba unos metros para acercarse.

—¡Anda mira! ¡Una *jirafita*!—exclamó Claudio visiblemente asombrado. Su madre, al día siguiente, le explicaría que la palabra *jirafita* no existía.

—¡Ah, si ya la veo! —A Leonardo también le sorprendió ver al animal.

Entonces, Keita se adelantó y con paso lento, fue acortando la distancia, pero en vez de seguir, se

detuvo para alentar a sus amigos a que lo siguieran.

El estupor los había paralizado, pero pronto comenzaron a caminar siguiendo el paso lento de

Keita.

Por fin se acercaron al animal, Keita decidió llegar hasta ponerse a la altura de la jirafa, justo

donde con solo estirar el brazo la podría acariciar. Mientras, el animal continuaba comiendo sin que la presencia de los niños lo perturbara lo más mínimo. Leonardo y Claudio por fin se acercaron sigilosamente, superando el repentino brote de miedo que les produjo el verse tan cerca de aquellos animales.

—¡Se deja acariciar!— explicó un Keita entusiasmado.

Claudio no lo pensó dos veces, se puso a la altura de su amigo y comenzó a acariciarla también. Al

poco se les unió Leonardo.

Todos se miraban emocionados, mientras el animal seguía sin inmutarse.

—Esta será mi *jirafita*— se apresuró a declarar Claudio.

—¿Y como la piensas llamar? — le pregunto su primo Leonardo.

Claudio se quedó pensativo, retorciendo el gesto. Mientras los otros dos niños lo observaban detenidamente, a la espera de que les proporcionara un nombre para su animal.

—Pues... La llamaré... ¡*Jirafita*!

—Eso no es un nombre —aseguró Keita.

—Sí que lo es. ¡La llamaré *Jirafita*!— dijo Claudio con cara de enfado.

—¿Y si es un chico?— Leonardo se lo quedó mirando a la espera de una respuesta más lógica.

Claudio se encogió de hombros, miró a su primo a la cara y respondió con determinación:

—Pues se llamará *Jirafita* de todos modos. —Puso los brazos en jarras.

Los otros niños se rieron con lo que al final, rio el también.

La jirafa por fin los miró, bajó su largo cuello y lamió la cara de su nuevo dueño.

Claudio sintió la larga lengua del animal recorriendo toda su cara, el cosquilleo que notó lo hizo estremecerse y seguir riendo, ahora a carcajadas. El animal parecía estar a gusto junto a los niños. Seguía comiendo como si no estuvieran allí y de cuando en cuando los observaba sin parar de masticar.

Entonces, Claudio hizo ademán de querer subirse a su lomo y el animal se encogió un poco para

que pudiera subir. Por fin Claudio pudo encaramarse al lomo, mientras sus amigos trataban de ayudarlo, hasta que se quedó sentado con las piernas abiertas a ambos lados de la cabeza de la jirafa.

—Quiero dar una vuelta… ¿Me llevas? —le preguntó a su nueva mascota mientras le acariciaba su largo cuello.

La jirafa trató de mirarlo desde la altura y Claudio presenció una especie de sonrisa en su rostro. Cuando el animal comenzó a caminar, el niño lo instó a que tratara de galopar, moviéndose hacia delante

y hacia atrás como si estuviera a lomos de un caballo.

El animal comenzó a trotar y luego a correr, al tiempo que Claudio gritaba de entusiasmo, abriendo

los brazos para sentir el aire a medida que avanzaban por la extensa planicie.

Cuando regresó a donde estaban sus amigos, se bajó de la jirafa riendo a carcajadas.

—¿Queréis probar? —preguntó entre risas.

—No gracias, ya tengo mi mascota —dijo Leonardo y tras él apareció una perrita pequeña, que ni

siquiera le llegaba al niño a su rodilla; movía su colita y su cuerpito como si fuera una serpiente, debido a la alegría de encontrarse con su dueño.

Su perrita Taifa, nombre que se le ocurrió a su padre, ya que le gustaban los programas de folclore canario, era una mezcla entre *Jack Russel Terrier* y *Yorkshire.* Su pelaje era del color de la arena del

desierto, que iba subiendo de tono hasta el rojo fuego en la cabeza. En el vientre, todo su pelo era blanco como la leche y las patitas tenían unas manchas blancas también, como si llevara cuatro calcetines. En su

cuello tenía un mechón níveo en forma de flecha que le daba un toque especial.

Los padres de Leonardo lo habían llevado a la perrera en busca de una mascota para él, ya que al cumplir los siete años, decidió que quería tener su primer perrito. Cuando entraron en el lugar, Leonardo pudo comprobar que había muchos perros, la mayoría abandonados por sus propias familias —niños como él que se antojaban de una mascota para que a los pocos meses se aburrieran de tenerlos y los abandonaran en cualquier sitio—. Pero Leonardo estaba decidido a tenerlo para siempre, así que recorrió todo el recinto en busca de alguno que realmente le gustara; aunque había de muchas razas, tamaños y colores, fue Taifa la que lo eligió a él. Aquella masa de pelo rubio y blanco, se le acercó con sus ojillos tristes y le lamió la mano haciéndole cosquillitas entre los dedos. Leonardo supo que era esa perrita la que sería su mascota.

—Taifa es muy pequeña —comentó Claudio señalando a la perrita, la cual besaba a Leonardo por toda la cara.

—Tendrá la altura que yo quiera para llevarme encima. —Dicho esto, Taifa comenzó a crecer hasta casi el hombro de su dueño —¿Que te he dicho?

—¡Hala! —Claudio estaba asombrado. Había vivido con su primo muchas aventuras, pero aquello era excepcional.

Leonardo acarició el lomo de su perrita, ahora mucho más grande que de costumbre. Ella lo compensó con un lametazo que le cogió toda la cara.

—Ahora falta tu mascota —dijo mirando a Keita, mientras se limpiaba la cara—, solo tienes que pensar cuál quieres.

Keita entornó los ojos hacia el cielo y luego dijo sonriendo:

—Ya lo tengo.

Al punto apareció un hermoso guepardo frente a los niños, que los miraba mientras se acercaba sigilosamente. Ni a Taifa ni a *Jirafita* pareció molestarles la presencia de aquel fiero animal, mientras que el otro se movía hacia ellos con movimientos lentos, como si estuviera estudiando a su presa para, de repente, caerles encima. Pero nada más acercarse, los tres animales se enroscaron oliéndose y lamiéndose mutuamente sellando así su nueva y atípica amistad. Luego se acercó a Keita y comenzó a rozarse con él cariñosamente cual un pequeño felino. El niño correspondió acariciándole la cabeza, luego el cuello y después el lomo.

—¡Wanda! —exclamó con una gran sonrisa, mirando a sus amigos. —Es una hembra, la llamaré

Wanda.

El resto del tiempo se lo pasaron los tres echando carreras subidos a sus animales, paseando por

todo el terreno, entre los árboles o cerca de un riachuelo donde se detenían a beber. Allí fue donde Taifa comenzó a gruñir mirando en dirección a unos arbustos.

—¿Qué te pasa Taifa? —preguntó Leonardo acercándose a su perrita y acariciándole el suave

lomo.

Ella siguió gruñendo hasta que de entre la maleza salió una hiena; tenía los ojos rojos y una mirada

fiera, y abría la boca para enseñar sus dientes afilados.

Los niños se asustaron tanto, que Claudio y Leonardo sacaron sus armas para defenderse si el animal decidía atacarlos. Pero Wanda, el guepardo de Keita, saltó y se puso frente a la hiena, enseñándole sus dientes para tratar de disuadirlo.

—¡Tranquilos! —pronunció la hiena al tiempo que se iba trasformando en una mujer. —Siento

haberos asustado, chicos, pero como la cosa iba de animales… —La mujer se detuvo y soltó una sonora carcajada.

Era una mujer joven y bastante guapa. Su larga melena negra parecía un manto que le llegaba a la cintura, pero el brillo de sus ojos verdes, hacía desconfiar a Claudio.

—¿Y tú quién eres? —preguntó este agarrando su bumerán con mucha fuerza. Hizo ademán de levantar el brazo.

—Relájate, chaval. —La mujer se acercó aún más a ellos. Su largo traje rozaba el suelo al caminar. Taifa se le acercó gruñendo con más intensidad, desconfiada. —¿Y esta perrita tan linda?— Otra vez

aquella carcajada.

La mujer trató de acariciar a Taifa mas ella no se lo permitió, ya que trató de morderla.

—¡No le gustas! ¿Es que no lo notas? —anunció Leonardo. —¿Qué quieres de nosotros?... Solo somos tres niños jugando con sus mascotas.

—Ya veo, ya… —La mujer se interrumpió para volver a soltar aquella estridente carcajada. —Yo

solo quería conocer a un *Caballero de la luz* —dijo, mas su mirada se dirigió a Keita, quién giró la cabeza para mirar hacia otro sitio.

—Mi primo, Leonardo, es un *Caballero de la luz* —dijo Claudio.

—Todavía no lo soy, aún soy un aprendiz —explicó Leonardo.

—¿Y tú?... —La mujer miró a Keita, quién la miró a su vez para luego bajar la cabeza y mirar al

suelo; parecía saberlo todo de ellos con solo mirarlos a los ojos. Ella se acercó al niño, le acarició la cara y se la levantó para que la mirara. —¿Tu no tienes un arma, como tus amigos? ¿Eres acaso un simple lacayo de este caballero?... ¿No prefieres ser algo más interesante?, como… ¿un príncipe? —Volvió a reírse con mucha fuerza echando la cabeza hacia atrás como para enfatizar su carcajada.

—¡Él es nuestro amigo!... —prorrumpió Claudio levantando su bumerán como si estuviera a punto de lanzarlo. En verdad, aquella mujer no le gustaba a ninguno de los presentes. —¡Déjalo tranquilo!

—Relájate mi niño. Yo solamente trato de conocerlos y hacer nuevos amigos.

—Pues tu no nos gustas. No queremos ser tus amigos —anunció Leonardo.

—Será mejor que te vayas —dijo Claudio.

—Bien, veo que no soy bienvenida —la mujer habló con voz apenada, se detuvo y se enjugó una

lágrima de su ojo derecho con mucha teatralidad. —¡Qué desdichada me hacéis! —Al tiempo se giró y comenzó a caminar con paso ligero hacia donde había venido.

Los niños se quedaron observándola, desconfiados. Mientras Taifa y Wanda gruñían a la desconocida, a *Jirafita* parecía no molestarle la presencia de aquella mujer, ya que seguía comiendo sin

parar.

—Piensa bien en lo que te he dicho, mi querido Keita —dijo la mujer girándose para mirar al niño.

—¿Qué quieres ser un lacayo o un príncipe? —Soltó otra sonora carcajada y, tras convertirse otra vez en una hiena, se marchó por donde había venido.

Los niños permanecieron un rato observando el lugar por donde se había marchado aquel horrible animal, atentos y en guardia por si decidía volver a incordiarlos. Al ver que ya había desaparecido,

decidieron que ya debían volver a sus camas.

Tendrían que levantarse para ir al cole, ya volverían otra vez para jugar con sus mascotas.